

Darwin en el desván

*Progreso, sumisión tecnológica
y medios de comunicación
(1920-2020)*

Armand Balsebre
Antoni Vidal

Darwin en el desván

*Progreso, sumisión tecnológica
y medios de comunicación
(1920-2020)*

CÁTEDRA



Signo e Imagen

Director de la colección: Jenaro Talens

1.ª edición, 2021

Ilustración de cubierta: © Aurora Balsebre, Mónica Heredero,
Laura Sans, Marc Pedrerol y David Güell

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Armand Balsebre y Antoni Vidal, 2021
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 2.315-2021
I.S.B.N.: 978-84-376-4246-8
Printed in Spain

Prólogo de los autores

Todo empezó con la radio. El nacimiento de la radio en 1920 consagró el poder comunicativo de la palabra. Hace ahora cien años, el nuevo invento, una caja que encerraba en su interior el sonido de miles de voces, inauguraba un nuevo ciclo en la evolución del hombre. Nacía una era de confianza en los avances tecnológicos: la tecnología satisfacía necesidades humanas. Y nacía también la era de la comunicación de masas: los medios como portavoces del cambio social y escaparate de la sociedad de consumo.

La teoría darwinista de la selección natural se apoya en la inteligencia del ser humano para saber adaptarse a su entorno y saber comunicarse con el otro a través de la palabra. La función comunicativa del lenguaje, la esencia del ser humano, exige precisamente eso, saber adaptarse al otro con el que nos estamos comunicando. La palabra construye la inteligencia. Desde el principio, la palabra ha sido una herramienta consustancial a la evolu-

ción del hombre como ser sociable e inteligente. Porque el proceso de pensar depende de nuestra habilidad para usar y descifrar la secuencia de palabras que constituyen el lenguaje natural.

La invención de la radio aceleró la omnipresencia de la palabra en nuestro sistema social y rompió las fronteras territoriales, culturales y de clase en la creación de una misma comunidad de oyentes. Miles o millones de personas, ricos o pobres, sin distinción de credo o ideología, podían participar en el ritual casi mágico de recibir en sus hogares y centros de trabajo un mismo mensaje sonoro transmitido desde kilómetros de distancia, constituyéndose con su escucha en miembros de una misma comunidad virtual. La palabra en su estado natural, sonora, expresada a veces sin apenas mediación alfabética, conseguía aglutinar un mismo espíritu comunicativo.

La radio creó una nueva logosfera, donde la palabra sonora se revelaba con gran fuerza comunicativa. La lectura en antena de los textos radiofónicos, «signos de sonidos» o «signos de las cosas que pensamos»¹, capturaba la atención de un público mayoritario. La palabra radiofónica trascendía en los años veinte el universo minoritario que componían los lectores alfabetizados. El radioyente analfabeto participaba del mismo patrimonio cultural que un lector alfabetizado. La radio fue la primera tecnología que contribuyó a reducir la brecha que separaba a

¹ Cita de San Agustín recogida por Alberto Manguel, *Una historia de la lectura*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pág. 72.

unos de otros en su acceso a la información y la cultura. Y ambos, alfabetizados o no, recuperaban a través de la radio el ceremonial infantil de tener a nuestro lado a alguien que leía en voz alta para nosotros. La radio se erigió así en un próximo y *natural* medio de comunicación de masas.

El lenguaje radiofónico creó, además, un lenguaje simbólico que permitía transmitir ideas complejas y jugar con la imaginación de los oyentes. La ceguera de la radio, la existencia de oyentes invisibles no suponían obstáculo alguno, pues en la imaginación de quien escucha se hacía más presente que nunca la voz de quien nos habla en la distancia a través de un micrófono, redoblando los vínculos comunicativos. Una máquina *infernal*, la radio, con el sonido de la palabra como instrumento natural de la condición humana, se presentaba en sociedad como una herramienta al servicio de la evolución y del progreso social.

Este ensayo fija el nacimiento de la era de la comunicación en 1920, con la puesta en marcha de las primeras emisoras de radio en Estados Unidos, Canadá, Argentina y Holanda², cuando los gobiernos liberaron el nuevo invento para su uso comercial tras su función bélica en la Primera Guerra Mundial³. Es entonces cuando quedó

² La emisora holandesa PCGG inició sus emisiones regulares el 6 de noviembre de 1919 desde La Haya.

³ Internet nace en la década de 1990, justo después de que el gobierno estadounidense liberara esta tecnología para su uso comercial, tras dos décadas de uso restringido por el Departamento de Defensa y grupos de investigación.

anclada en el imaginario colectivo la relación directa entre cambios tecnológicos, comunicación de masas y progreso social. Y es entonces cuando se fundan los principios teóricos de la tecnología como ideología, alrededor de la cual se construye también la narrativa de la objetividad: lo que dicen los tecnólogos es cierto.

El siglo xx instauró casi como axioma una perspectiva ciertamente optimista y fetichista de los beneficios que introducirían las nuevas tecnologías de la información en nuestra sociedad. A partir de la década de los años sesenta, sin embargo, esta visión optimista y keynesiana del desarrollo tecnológico tuvo que convivir con un análisis más crítico por parte de un grupo heterogéneo de filósofos y sociólogos que vieron en el progreso tecnológico y en la influencia de los medios de comunicación un ejercicio del poder. Porque el poder, a través de la televisión —se decía—, captura las mentes de los ciudadanos más crédulos y adormece las de los más críticos. Porque los medios de comunicación pueden ser también instrumentos efectivos de control social. La televisión fue la *máquina* más representativa de los cambios introducidos por las tecnologías de la comunicación en la segunda mitad del siglo xx. Las obras de Marshall McLuhan (1962), Edgar Morin (1962), Manuel Vázquez Montalbán (1963), Umberto Eco (1964), Román Gubern (1965), Alain Touraine (1969), Jean Baudrillard (1970), Daniel Bell (1973), Simon Nora y Alain Minc (1977) o el *Informe MacBride* (1980) tuvieron un impacto extraordinario y sus análisis sobre la cultura de masas, la sociedad de

consumo, la televisión, la sociedad de la información o *la aldea global*, aunque con distintos enfoques, fundamentaron conceptualmente las incipientes Ciencias de la Comunicación.

Pero el tránsito hacia lo digital ha sido de tal magnitud y a tal velocidad que la visión crítica o apocalíptica de estos autores sobre el futuro de las tecnologías de la comunicación ha sido sobradamente superada. En las tres últimas décadas han cambiado radicalmente los modos en que nos comunicamos. Tiempo y espacio son hoy dos magnitudes totalmente distintas de como las vivieron nuestros progenitores: el *tempo* vital se ha acelerado; las distancias se han reducido. Los nuevos dispositivos digitales que vehiculan hoy la nueva comunicación han multiplicado la cantidad⁴ y la velocidad de los intercambios de información (con enunciados más breves), y han introducido nuevos estilos de vida, nuevos usos del tiempo libre, nuevas propuestas culturales..., en fin, una manera diferente de entender el mundo.

Tenemos la sensación de que nos encontramos en el preámbulo del nacimiento de un nuevo ser humano, más dependiente de la comunicación virtual que de la real («el objeto real es sustituido por un sucedáneo

⁴ El potencial del efecto multiplicador del botón del retuit en Twitter ha sido comparado por su inventor, Chris Wetherell, con «entregarle un arma cargada a un niño de cuatro años» (*El País*, 29 de julio de 2019). La mayoría de los intercambios de información en la red Twitter son retuits.

virtual)»⁵, más refractario a los medios tradicionales de socialización, más fascinado por las imágenes y su dimensión espectacular, que consume sin filtros ni apenas contexto. Y, por lo tanto, en ausencia de la palabra («la imagen lo es todo»)»⁶, el futuro alumbrará un ser humano menos preparado para comprender la complejidad, más sensible a dejarse llevar por un impulso o acto irreflexivo, más incapacitado para distinguir lo verdadero de lo falso.

El hecho es que razón y verdad no tienen hoy muchos seguidores en la galaxia digital, donde la realidad-real ha sido sustituida por el simulacro. Lo cual genera graves consecuencias en el ámbito político: cuando el ciudadano huye de la complejidad, más expuesto está a dejarse convencer por el reduccionismo simplista de los discursos populistas transmitidos desde las distintas instancias de poder, que fomentan los miedos y las frustraciones que acusamos todos en nuestra vida cotidiana ante la falta de respuestas a nuestra ansiedad sobre un futuro incierto.

Este ensayo nace también de la preocupación por la situación de emergencia en la que nos hallamos ante el protagonismo central que tendrán las tecnologías de la comunicación en un futuro inmediato. La avaricia de las

⁵ Gianfranco Bettetini y Fausto Colombo, *Las nuevas tecnologías de la comunicación*, Barcelona, Paidós, 1995, pág. 90.

⁶ Parfraseando el eslogan del tenista André Agassi en 1990 en un anuncio de Canon.

grandes corporaciones por un incremento ilimitado de los beneficios, el mito del crecimiento lineal y perpetuo, está contribuyendo a un aumento insostenible de la dimensión depredadora del hombre sobre los recursos naturales del planeta. Los desastres naturales que está provocando el cambio climático nos advierten de que los tiempos en que el hombre dominaba a la naturaleza, fundamento del progreso, llegarán más pronto que tarde a su fin. En vísperas de un probable colapso social, el hombre como controlador de la naturaleza pasará a ser su víctima.

Y un segundo elemento: siempre hemos sabido que la introducción de una nueva tecnología, aunque se nos presentara como un paso adelante en el progreso social, se fundamentaba primordialmente en una razón económica. El motor principal del cambio tecnológico era su dimensión de negocio en el contexto del gran mercado que rige nuestro sistema capitalista. Pero es cierto que durante el siglo xx ambas razones coexistían, con mayor o menor desequilibrio: la lógica del capital y la oportunidad de satisfacer una necesidad comunicativa que enriqueciera el bienestar general. El fortalecimiento de la sociedad de consumo de masas, uno de los pilares de la lógica del capital, imponía unos límites al crecimiento de la desigualdad. Ahí estaba también una de las bases del *contrato social*: aceptamos la autoridad, el orden y las normas del sistema porque esperamos que los beneficios alcancen también a toda la comunidad, y no solo a una élite.

La impresión que tenemos hoy, sin embargo, es que los nuevos cambios tecnológicos que han comenzado a sucederse en el siglo XXI apenas contemplan el concepto de bienestar general. La transmisión de conocimiento a amplias capas de la sociedad no está del todo garantizada. En el proceso de suplantación del hombre por la máquina, el ser humano perderá el control de la información, que no será de dominio público. ¿Quién es el propietario de la *nube*? Crecerá la desigualdad. Seremos más vulnerables y estaremos más desprotegidos, en un contexto de gran invasión de la intimidad que dejará nuestra privacidad al descubierto. Muy pocos tendrán capacidad de decisión sobre aquellas cuestiones que nos afectan a todos. La nueva sociedad digital se está edificando sobre fundamentos de una gran falta de transparencia, que niegan la eficacia de las regulaciones públicas.

En 1982, la revista *Time* elevó por primera vez el ordenador, la *máquina*, a la condición de personaje del año. Desde que en 1962 naciera en Francia el concepto «informática» («*information*» + «*automatique*»), el ordenador se había convertido en el símbolo del tratamiento automático de la información, el eslabón principal en la transición de la era analógica a la digital. Las redes digitales integradas que nacieron a partir de 1980 facultaron la entronización del ordenador como personaje del año. En 2006, nuevamente, era una imagen de un ordenador la que ocupaba la portada de la revista *Time*, pero esta vez el personaje del año éramos cada uno de nosotros,

«You», porque se entendía que el ser humano detentaba el control absoluto sobre la máquina («You control the Information Age»). Casi dos décadas después, tal verdad es cuestionable, o se ha convertido en un acto de fe en la doctrina del progreso tecnológico.

El teléfono inteligente de nuestros contemporáneos, la máquina más próxima hoy al ser humano, es la consecuencia de cien años de un gran progreso tecnológico, durante los cuales los ciudadanos se convirtieron en consumidores, y las máquinas, en sustitutos parciales del hombre en muchas operaciones domésticas y laborales; pero, también, en espías que analizan nuestro comportamiento al detalle, para saber en todo momento qué consumimos, qué miramos, cuándo y por qué. Deslumbrados por el poder de la tecnología y del *big data*, necesitamos incorporar una perspectiva más crítica, que nos ayude a comprender si, paralelamente al progreso tecnológico, han sido también cien años de progreso social. Aunque Darwin no le atribuyó al concepto *evolución* ninguna connotación tecnomoral, no podemos entender hoy de otra manera la evolución tecnológica, desde nuestra condición de ciudadanos de un régimen democrático liberal y desde nuestra aproximación comunicativa al tema. Elevada al estatuto de protagonista del progreso, hemos de preguntarnos si la *máquina* seguirá colaborando con todos nosotros en hacer de nuestro paseo efímero por la vida en esta galaxia digital un lugar de mayor bienestar. O si, por el contrario, es momento de dejar a Darwin en el desván.